

Onfray, M. (2022). *El cocodrilo de Aristóteles*. Barcelona: Paidós, 240 páginas.

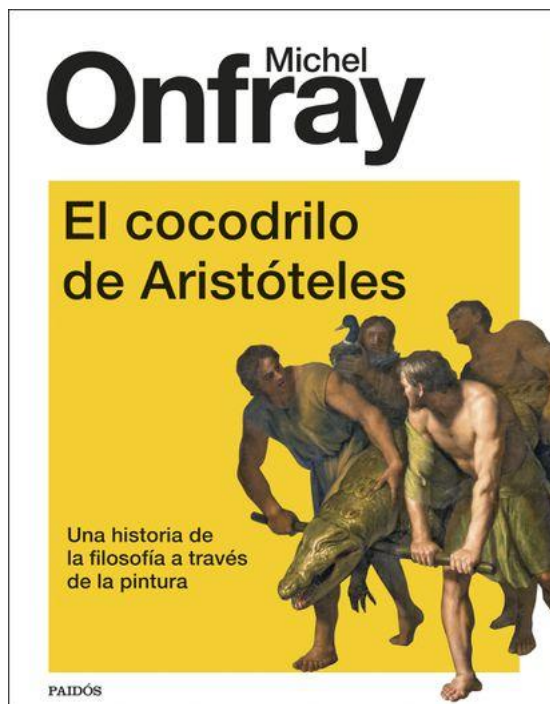
Julián Arroyo. Madrid

Onfray es un filósofo francés actual, que se ha dado a conocer especialmente por los libros que ha publicado, alrededor de cien, lo que no está nada mal. Lo ha ido haciendo después de fundar la Universidad popular de Caen y la del gusto en Argentan (Francia). Emite sus clases por la emisora France Culture. Es, pues, un filósofo nada convencional. Los temas que trata son el hedonismo, el ateísmo y la construcción de uno mismo. Se ha declarado ateo desde siempre y considera indefendible el cristianismo

(«los monoteísmos han llenado el mundo de sufrimiento», declaró a *El País* en 2006).

Onfray se ha convertido en un hombre muy popular. Explica las cosas sin pelos en la lengua y no tiene intención de agradar a nadie. Expone siempre su propia perspectiva de análisis y lo cuenta todo tal y como lo ve, sin concesiones de ningún tipo. Esto empezó a manifestarlo desde joven y lo mantiene hoy con sesentaitrés años. Es muy iconoclasta. Ha originado polémicas de todo tipo. Se muestra siempre contra el conformismo y el dogmatismo. Es, sin duda, el más mediático y un superventas.

¿Qué trata de hacer aquí? Algo muy peculiar, que nadie ha hecho todavía. Va mostrando la Historia de la filosofía a través del detalle de una pintura, que le permite desarrollar el contenido de cada pensador. Desde una situación histórica que presenta la pintura explica cada uno de los filósofos de una manera muy concisa. Empieza por la belleza de un aspecto y entra enseguida en el centro del pensamiento



del autor. Resulta agradable de leer, porque cada una de las páginas ofrecen los detalles de manera general y después cada aspecto. El libro tiene un papel adecuado en gramos. Por eso pesa.

Onfray ofrece apuntes de treintaitrés autores, valiéndose de la pintura, que muestra un detalle del pensador. Este es la base del desarrollo. En sus primeras páginas pone el título de que «el diablo está en los detalles» (página seis), ya que la pintura habla en silencio y es el ojo quién puede oírla e iniciar la reflexión. Todas las pinturas son muy valiosas, ni que decir tiene.

El pintor Salvator Rosa presenta a Pitágoras ante un pescador. El pensador proponía a sus discípulos abstenerse de comer carne, por eso compra toda la red a dicho pescador, la totalidad de su pesca. ¿Para qué hace esto, si rechaza la carne? Pues para devolverse la libertad a los pescados. Puede que el pescador vuelva a atraparlos al día siguiente, porque vive de esto, o puede que no y que se encuentren libres por el ancho mar. Pitágoras ha actuado según piensa.

Anaxagoras señala con su dedo un candil de terracota en la pintura de Perrin. Si necesitamos un candil para alumbrarnos, tenemos que echar aceite para que se mantenga vivo. No se trata de hablar de la virtud, sino de practicarla.

Demócrito pone su mano en el globo del mundo, según Rubens. Hay que amar el mundo y no desesperarse por lo que sucede. La esperanza es fundamental.

Jantipa, la esposa de Sócrates, echa una jarra de agua sobre la cabeza de este, que descansa su brazo izquierdo en una piedra que tiene grabada en griego la famosa sentencia «Conócete a ti mismo». Las mujeres sacan de sus blusas sus hermosos pechos, que ni siquiera así logran distraer a Sócrates de sus pensamientos.

Sócrates toma la copa, que le ofrece el esclavo, con el veneno mortal y la consume con tranquilidad, mientras habla a sus discípulos de la inmortalidad.

Platón aparece atado con cuerdas, que aluden a la caverna en el diálogo *La República*. De ellas hay que liberarse para ascender a las ideas puras.

Diógenes sostiene una lámpara encendida, mientras busca un hombre. No es que no haya ninguno, hay muchos, pero no está loco, porque lo que busca es al hombre ideal de Platón. Y de estos hay muy pocos, de aquí su afán por encontrarlos.

A Aristóteles unos esclavos le traen un cocodrilo, porque no se trata de disertar durante horas sobre este animal o cualquier otro, como hace Platón, sino de examinar

a un individuo real y de estudiar verdaderamente las partes de los animales, según la pintura de Champaigne. Aristóteles fue también un naturalista que escribió la *Historia de los animales*, aunque se haya dado mucho menos importancia a esta obra.

De este modo concluye el pensamiento greco-romano.

Agustín es representado por una concha, aludiendo a su interés por el misterio de la Trinidad, mientras camina por la playa. Según Botticelli, un niño trae agua con una concha para llenar el hoyo que ha hecho. Agustín le habla así: Con un mar tan grande y un hoyo tan pequeño no podrás trasvasar uno en otro. Y el avisado niño le contesta que tampoco él podrá entender el misterio trinitario con el único medio de la razón humana.

El mismo pintor representa a Aquino con un tintero y una pluma de oca, instrumentos con los que escribe su obra. Comenta más libros que acciones virtuosas, escribe con ironía Onfray. Esto es una imagen del cristianismo.

Sigue con el Renacimiento y posteriormente con los siglos XVII y XVIII. El atributo de Voltaire es una pluma con la que hizo temblar a los poderosos, entre los que se encontraban los jesuitas, a los que enfurecía siempre.

A Kant lo representa en su casa ante una mesa en la que solía cenar con sus amigos, que le veneraban. En su mesa hay un orden estricto y unas normas claras: «su mesa es una república en miniatura en la que su sistema se desarrollará plenamente» (página 143).

Nietzsche aparece en una pintura de Munch en la que resalta su bigote y su mirada perdida. Es el hombre del siglo XX.

El último autor es el francés Derrida en un retrato del pintor Adami con un gato, que le mira como la alteridad, y la pipa. Con Derrida se termina el siglo XX. Existen huecos y ausencias en esta historia de la filosofía, quizás porque Onfray no he encontrado pinturas significativas para ponerlas. Además, «en un momento determinado hay que acabar» (página 230). Y es que «ninguna obra es perfecta y su imperfección forma parte de su identidad» (página 230).

